4426

LUCIANO BOADA y MANUEL DE CASTRO

Los estudiantes burlados

AVENTURA HISTÓRICA

escrita á modo de zarzuela

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN VERSO, ORIGINAL

MÚSICA DEL

MAESTRO CASTILLA

Copyright, by L. Boada y M. de Castro, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/losestudiantesbu00cast

LOS ESTUDIANTES BURLADOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS ESTUDIANTES BURLADOS

AVENTURA HISTÓRICA

escrita á modo de zarzuela

en un acto, dividido en tres cuadros, en verso

ORIGINAL DE

LUCIANO BOADA y MANUEL DE CASTRO

MÚSICA DEL

MAESTRO CASTILLA

Estrenada en el TEATRO SALÓN REGIO el 2 de Diciembre de 1908

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FELICIANA, dama y escritora (1).	Sra.	Mesa.
OVIDIO, caballero estudiante.....		
DUEÑA, vieja ridícula.....		Navarro.
DONCELLA, no habla.....		N. N.
SÉNECA, estudiante.....	Sr.	Díaz de la Vega.
PLUTARCO, idem.....		Gosalvez (P.)
DIÓGENES, idem.....		Fernández (F.)
CICERÓN, idem.....		De Francisco.
HORACIO, idem.....		González (R.)
DEMÓCRITO, idem.....		Racaj.
HERÁCLITO, idem.....		González (L.)
DON LORENZO, noble ridículo..		Lozano.
ESCUDERO, de Feliciana.....		
RODRIGÓN, viejo ridículo.....		Coronel.

Viejas, estudiantes, mozos y gente

La acción en Salamanca, época de Felipe III

Las indicaciones del lado del actor

---

(1) Personaje histórico.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Plaza de forma irregular. En el primer término de la izquierda, posada, con muestra que dice: «Mesón del Angel»; sobre la muestra, ventana practicable. Más allá de la puerta de la posada una mesa, y en el proscenio otra, ambas rodeadas de taburetes. El mesón hace esquina á una calle cuya otra esquina la forma la casa de Ovidio, pero avanzando lo bastante en la plaza para que se vea una reja del piso bajo que da á dicha calle, es decir, frente al público; la puerta de entrada estará en la plaza. Al foro, ocupándole casi por completo, fachada de la Universidad, formando ángulo con la casa de Ovidio y con puerta en el centro. Del foro derecha arranca una calle tortuosa. En el primer término derecha, boca-calle; ocupando el resto de este lado la fachada de la Catedral. La acción comienza por la mañana temprano.

ESCENA PRIMERA

SÉNECA, PLUTARCO, DIÓGENES, CICERÓN, HORACIO, DEMÓCRITO, HERÁCLITO, VIEJAS y ESTUDIANTES; luego OVIDIO, DUEÑA y RODRIGÓN

Séneca, muy pensativo, sentado junto á una punta de la mesa del proscenio. Horacio escribe una carta, sentado ante el centro de la misma mesa y frente al público. Cicerón, de pie junto á Horacio, va leyendo lo que éste escribe. Demócrito y Heráclito pasean por el proscenio disputando de continuo; el primero hablará en toda la obra con volubilidad y alegría, y el segundo al contrario. Las viejas

formen grupo ante la puerta de la Catedral, que estará cerrada. Los estudiantes pasean por el fondo estudiando en sus libros. Un momento después, Ovidio, que viste de caballero á lo cortesano, sale de su casa seguido de Dueña y Rodrigón, deteniéndose los tres en el umbral hasta que Ovidio se acerca á sus compañeros, quedando los otros dos próximos á la casa

Música

EST. Este párrafo maldito
nunca logro dominar,
y aprenderlo necesito
si me quiero licenciar.

VIEJAS Todavía no han abierto,
mas no deben de tardar,
que á las siete fray Alberto
siempre acude á confesar.

EST. (Como recordando la lección. Pronunciación latina.)
Sine licentia
facere quoque.
Nullique liceat
sacris autoris.
Quosvis... ¡Me atasco
siempre en el *quosvis*!
¡Váyanse al diantre
tales liciones! (Siguen estudiando.)

OVIDIO Todos en la plaza. (A Dueña y Rodrigón.)
Linda es la ocasión
para que se afirme
nuestra situación.

DUEÑA Ved...

OVIDIO ¡No me importunes!

ROD. Ved...

OVIDIO ¡No he de escuchar!

DUEÑA } Ved que con amores
ROD. } no es bueno jugar (Discuten los tres.)

DEM. ¡Solo piensas en peligros!

HER. ¡Solo piensas en venturas!

DEM. ¡Ves la vida toda negra!

HER. ¡Blanca tú te la figuras!

DEM. ¡Nunca ríes!

HER. ¡Nunca lloras!

DEM. Hay placeres.

HER. Hay dolor.

DEM. ¡Vete al diablo!
HER. ¡Te perdono!
LOS DOS Mi doctrina es la mejor. (Siguen paseando.)

(Ovidio se aproxima á la mesa que hay próxima á la puerta del mesón, en la que juegan á los dados Plutarco y Diógenes, indicando los ademanes de los dos, desde el principio de la obra, que la suerte se declara á favor de Diógenes, el cual tendrá junto á sí una botella de vino y un cubilete, bebiendo con frecuencia.)

OVIDIO ¿Qué tal la partida?
DIÓG. ¡De perlas! (Satisfecho.)
PLUT (Rabioso.) ¡De diablos!
OVIDIO Tú ganas. Tú pierdes. (Riendo.)
DIÓG. Yo bebo. (Lo hace.)
PLUT. ¡Yo rabio!

(Ovidio se dirige á la otra mesa.)

DUEÑA ¡Ya está entre esos tunos!
ROD. Por vuestros pecados. (Disputan bajo.)
OVIDIO ¿Qué epístola escribes?
HOR. Para este menguado. (Por Cicerón.)
OVIDIO ¿A quién?
CIC. A una moza
de rejo y de garbo.
SÉN. (¡Ovidio!)

(Con disgusto y separándose un poco, sin levantarse.)

OVIDIO (Por Séneca.) (¡Se aparta!)
PLUT ¡Malditos los dados!

(Plutarco, que tira el cubilete de los dados con ira, se levanta y va al proscenio izquierda, donde se le reunen, merced á una seña que los hace, Horacio, Cicerón, Demócrito y Heráclito; los cinco forman grupo mirando con curiosidad á Séneca, que sigue muy pensativo, y á Ovidio que le contempla irónicamente desde el centro del proscenio. Diógenes junto á su mesa, pero de pié, bebe en la botella. Dueña y Rodrigón disputan al lado de la puerta de la casa. Las viejas hablan entre sí agrupadas ante la puerta de la Catedral. Los estudiantes pasean y estudian.)

OVIDIO Séneca, ¿qué dices? (Provocativo.)
SÉN. Nada, buen Ovidio. (Con desprecio.)
OVIDIO ¿Cómo vas de amores? (Burlón.)
SÉN. Pues... muy bien. (Conteniéndose.)
OVIDIO (Acercándose á él.) ¡Te envidio!
HER. ¡Este busca un lance! (Bajo á los otros.)

HER. Nos harán reir.

DUEÑA, ROD., DIÓG., EST. ¡Ya me teneis harta! (Juntos. Al Rodrigón.)
¡Ya me teneis harto! (A la Dueña.)
¡Esto se concluye! (Por la botella.)
¡No hay quien esto sufra! (Los libros.)

PLUT., CIC., HOR., DEM., HER. ¡Siempre han de reñir! (Juntos.)

VIEJAS. ¡Ya vienen á abrir!

OVIDIO ¡Yo puse en Constanza mi dulce esperanza!

SÉN. Lograrla ya puedes, Ovidio, por mí.

OVIDIO ¿Me cedes el campo? (Séneca se levanta.)

SÉN (Indiferente.) No quiero á Constanza.

OVIDIO Confiesa ante todos que al cabo vencí.

SÉN. A otra dí mi amor inmenso,
y te juro será mía.

OVIDIO Si es la dama que yo pienso,
de lograrlo desconfía,

Unis

OVIDIO Ese amor que en tí ha prendido
ya es forzoso dominar,
pues me encuentras decidido
tus intentos á estorbar.

SÉN. Tus torcidas intenciones
no me pueden inquietar.
Desunir dos corazones
no es muy fácil de lograr.

DIÓG. Desde el punto en que nacemos
nos enseñan á trincar.
Lo que niños aprendemos
es difícil de olvidar.

PLUT., CIC., HOR., DEM., HER. ¡Con la vista y con el gesto
se amenazan sin cesar,
y cada uno está dispuesto
la pelea á comenzar!

DUEÑA, ROD. ¡Yo no sé cómo os escucho!
¡No sabéis más que insultar
sin pensar que tenéis mucho,
pero mucho que tapar!

VIEJAS Pues las puertas han abierto
ya podemos, sin tardar,
á los piés de fray Alberto
nuestras culpas confesar.

EST. En las aulas penetremos
pues nos vienen á llamar,
y al *magister* escuchemos
las liciones explicar.

(Ovidio, Dueña y Rodrigón entran en su casa; las viejas en el templo, cuya puerta se habrá abierto un momento antes, y los estudiantes en la Universidad. Plutarco y sus amigos se reunen á Séneca.

ESCENA II

SÉNECA, PLUTARCO, DIÓGENES, CICERÓN, HORACIO, DEMÓCRITO y HERÁCLITO

Hablado

PLUT. Ya es fuerza entre tú y Ovidio
terminar las diferencias.

SÉN. ¿Sabéis por qué nos odiamos?

PLUT. Porque Ovidio llegó apenas
cuando te sopló la dama.

SÉN. Causa más profunda y seria
hay para nuestros rencores.

CIC. Dí.

DIÓG. Te escuchan doce orejas.

SÉN. Me enamoré de Constanza
porque Constanza es muy bella.

DIÓG. Sin amor tú y yo sin vino
somos zapato sin suela.

SÉN. Pero presto su carácter
conocí á fondo; ví que er a
como hermosa, presumida;
como presumida, necia,
y como necia, mudable.

DEM. ¡Miren qué graciosas prendas!

SÉN. Con esto menguó mi amor
y con mi amor mi fineza,
sobreviniendo el hastío
en mí y el cansancio en ella.

En tal sazón llegó el otro,
Constanza oyó sus ternezas,
vió en él gentil gallardía
y en mí la vulgar presencia
que tengo, en él gran fortuna
y en mí medrosa pobreza,
en él la pasión que inflama
y en mí el desvío que hiela;
en una palabra, vió,
y es lo que le hizo más fuerza,
en mí lo que ya se tiene,
y en él lo que se desea.
Mudose, hizo bien. Con gusto
vi quebrarse la cadena
que ya nos era pesada;
fingí dolor y tristeza
por cortesía... ¡Qué presto
fué real, amigos, mi pena! (Pausa.)

HOR. Continua.

SÉN. ¡Amo! (Se ríen los otros.)

PLUT. (Asombrado.) ¿Otra vez?

SÉN ¡Pero éste es amor de veras!

PLUT. ¿Quién está en predicamento?

SÉN. Su hermana. (Señala la casa de Ovidio.)

TODOS ¿Su hermana? (Atónitos.)

SÉN. (Melancólico.) ¡Ella!

PLUT. ¿Es posible enamorarse
de misteriosa belleza
cuya faz no se descubre
ni á sol, ni á luna, ni á estrellas?

SÉN. Es posible si se tiene
como yo la suerte inmensa
de contemplar su hermosura.

DEM. ¿Tú la has visto? (Incrédulo.)

SÉN. Sí.

HER. ¡Lo sueñas!

SÉN. ¿No lo creeis?

PLUT. Lo dudamos.

CIC. ¿Cómo fué?

SÉN. De esta manera.
Por la orilla del Tormes cierto día
mis ansias y pesares divertía
mirando cómo el río, mansamente,
arrastraba en su rápida corriente

despojos y hojas muertas
de las vecinas y fecundas huertas.
De improviso remuévese el ramaje
que en derredor fingía cortinaje
de apacible verdura
que, amortiguando con su tinta oscura
del sol canicular los rayos rojos,
brindábame el regalo de los ojos.
Al percibir el ruido del arbusto
me oculté tras de un árbol de robusto
tronco, que al lado mío
vivía contemplándose en el río
y entrambos mudos á la par miramos,
él la corriente, yo los verdes ramos
cuyas hojas mostraron un momento
leve estremecimiento
con el cual pregonaban
que algún placer inmenso disfrutaban.
Luego lo comprendí porque ví luego,
aunque al pronto pensé quedarme ciego,
tan divina hermosura
rasgar de aquellas ramas la espesura
que al ver que al descubierto se mostraba
el sol, avergonzado, se nublaba.
Llega á la margen, con la diestra mano
cógese de un juncal á ella cercano
luego que el otro brazo se desnuda;
clava sus breves piés en la menuda
arena y hacia el agua cristalina,
doblando el talle, la beldad se inclina.
Fresco barro de Andújar, suavemente,
hunde hasta la mitad en la corriente,
y vi que el agua, cuando allí llegaba
formando remolinos, asaltaba
aquel brazo de nieve,
y tanto á su contacto se conmueve
que sin freno, sin tino,
ebrio de gusto y gozo, el remolino
canta su dicha suma
de placer deshaciéndose en espuma.
Yo, del río envidioso
porque refleja en él su rostro hermoso,
preséntome de súbito, me mira,
mi pecho apenas de placer respira,

su faz tiñe el rubor con tintes rojos,
refléjase su imagen en mis ojos,
y dase á murmurar con pena el río,
pues lo que era antes de él es ahora mío.
Repónese del susto; con presteza
huye, y al ocultarse su belleza
el sol, para mirar si se ha marchado,
descorre las cortinas del nublado
y, alegre al ver que huyose mi tesoro,
inunda el campo con sus rayos de oro.

PLUT. ¡Oh, mozo desventurado!...
¡Hízote el amor poeta
y para decir que viste
á tu dama allá en las huertas
recogiendo en un cacharro
agua del río, qué arenga,
qué de soles, qué de nubes,
qué de espumas, qué de arenas!

HOR. Pero, píntanos la dama

PLUT. ¡No, que vendrán las estrellas,
los rubíes, los claveles,
los azahares y las perlas!

SÉN. Pues diré en romance llano
que hay en su rostro belleza,
que hay perfección en su busto...

DIÓG. Y que hay en su casa leña
para estacas.

HER. ¡Y un hermano
que si te coge te cuelga!

CIC. Dicen que ambos son mellizos
y tienen igual presencia,
cara, talle, voz y genio.

SÉN. No niego que se parezcan
pero él es agrio, ella dulce...
él colérico, ella tierna...

DIÓG. Y, sobre todo, ella moza
y él zángano de colmena.

HER. Pues... ¡vive en guardia!

SÉN. ¡Un peligro
harto terrible se acerca!

PLUT. Habla.

(Se abre la puerta de Ovidio.)

HER. ¡No hables!

PLUT. ¿Qué sucede?

DEM. Que la jaula ha sido abierta.
DIÓG Observaremos quién sale,
si la tórtola ó la fiera.

ESCENA III

DICHOS, OVIDIO, DUEÑA, DONCELLA y RODRIGÓN

La Doncella muy tapada, va entre Ovidio y la Dueña, siguiéndoles el Rodrigón con el rosario y el libro de oraciones de su señora. Los siete estudiantes, agrupados á un lado del proscenio, miran con mucha curiosidad á la tapada que cruza la escena con sus acompañantes, entrando con ellos en la catedral. Ovidio los saluda afablemente al pasar y ellos le contestan muy graves, diciendo en voz baja lo que sigue:

PLUT. Los dos.
CIC. Y la servidumbre.
DIÓG. ¡Siempre así!
HOR. ¡Siempre cubierta!

ESCENA IV

SÉNECA, PLUTARCO, DIÓGENES, CICERÓN, HORACIO, DEMÓCRITO y HERACLITO

CIC. Me ha parecido más alta
que Ovidio.
PLUT. ¿Qué temes, Séneca?
SÉN. Ovidio, que la recluye
entre Rodrigón y dueña,
ha sabido, no sé cuándo,
cómo ni de qué manera,
que la dueña que la asiste
tropezó en unas monedas
que cayéronseme un día,
y quebrose su prudencia.
DIÓG. ¿Bolsa tú? (Burlón.)
SÉN. Para quitarme
el placer de hablarla y verla,
va á admitir en su familia,
hoy mismo, todas las dueñas

que se hallen sin acomodo
en Salamanca.

PLUT. Pues cuenta
con nuestro auxilio é industria.

HER. ¡La cuestión aqui es muy seria!

DEM. ¡Ya está don Dificultades
poniendo en arco las cejas!

HER. Acudir á éste supone
ir contra el otro, y se encuentran
los dos con igual derecho.

PLUT. Hable Cicerón.

CIC. ¿Son rectas
ó tuertas tus intenciones?

SÉN. Boda pido.

TODOS Boda tengas.

CIC. Ayudar á éste es justicia
y ayudar á aquél torpeza;
este es nuestro hace tres años
y aquél hace medio apenas;
por lo tanto, compañeros,
caiga Ovidio y triunfe Séneca.

TODOS Te casaremos.

SÉN. ¡Dios lo haga!

HER. ¡Silencio! (Sale Ovidio de la catedral.)

DIÓG. Ovidio se acerca.

ESCENA V

DICHOS y OVIDIO

OVIDIO Compañeros, hoy es día
para mi casa de fiesta,
y al paseo concertado
con vosotros será fuerza
que renuncie.

PLUT. ¿Cómo es eso?

OVIDIO Según noticias, hoy llega
el esposo de mi hermana.
(Mirando á Séneca con intención.)

SÉN. ¿Su esposo? (Alterado.)

OVIDIO Sí.

PLUT. (Bajo á Séneca.) Ten prudencia.

OVIDIO Aunque no todos lo saben,

tengo una hermana gemela;
firmó contratos de boda
en Sevilla, nuestra tierra;
ciertas causas me obligaron
á venir aquí con ella,
y la oculte cuidadoso
porque ansío, cuando venga
a pedírmela su dueño,
que esté pura hasta en la idea.

CIC. ¿El es tambien de Sevilla?

OVIDIO Y noble.

PLUT. ¿En tu casa piensas
albergarle?

OVIDIO Esta posada, (El mesón.)
que es de mi casa frontera,
será la suya. Así pudo
concertar mi sutileza
exigencias del decoro
y del amor exigencias.
Habiendo calle por medio
calla la maledicencia,
y viéndose las ventanas
el mutuo amor se consuela.
Pudiendo verse y no hablarse
sin que la gente lo entienda,
no dirá el amor: «¡Qué lejos!...»
ni la malicia: «¡Qué cerca!»

HER. ¡Bien pensado!

OVIDIO Conque, amigos,
pues la boda es cosa hecha,
quiero que mis camaradas
la alegren con su presencia.
¿Asistiréis?

CIC. ¡Viva Ovidio!

DIÓG. ¡Vivaaaa! (Desentonando.)

OVIDIO Por qué cacareas?

DIÓG. Es que desde anoche tengo
la garganta tan reseca...

OVIDIO Toma y bebe á la salud
de todos. (Le da dinero.)

DIÓG. Con diligencia
te complaceré. La vida
es un trago que comienza
en la cuna y que concluye...

HER. Convirtiendo al hombre en bestia.
OVIDIO Ya sabeis que os amo á todos,
á todos... menos á Séneca.
(Bajo á él.)
SÉN. Gracias. (Lo mismo.)
OVIDIO Conque Dios os guarde.
CIC. El te guíe. (Ovidio vuelve á la catedral.)
DIÓG. El te proteja.

ESCENA VI

SÉNECA, PLUTARCO, DIÓGENES, CICERÓN, HORACIO, DEMÓCRITO y HERÁCLITO

SÉN. ¡Casarla y casarla presto!
(Rabioso.)
PLUT. Lo de presto por ver queda
todavía.
DIÓG. Agur.
DEM. ¿A dónde
vas ahora?
DIÓG. A la taberna.
PLUT. Aguarda, amigo, que puede
ser precisa tu presencia.
DIÓG. ¡No beber es no vivir!
(Contrariado.)
CIC. Ellos salen.

ESCENA VII

DICHOS, OVIDIO, DUEÑA, DONCELLA y RODRIGÓN

Cruzan la escena en la misma forma que la vez anterior. Las mujeres entran en la casa; Ovidio se detiene junto á la puerta y habla un momento con el Rodrigón. Los demás observan y escuchan disimuladamente

PLUT. (Bajo á ellos.) A ver si entra
en su casa ó se retira.
OVIDIO Ya sabeis, hasta que vuelva
(Muy alto.)
no abrais puerta ni postigo.

ROD. Descuidad.
OVIDIO (Muy bajo.) Daré la vuelta
para entrar por la otra calle.
ROD. Muy bien. (También bajo.)
(Ovidio hace mutis por la calle del foro, después de saludar con un ademán á sus compañeros. El Rodrigón entra en la casa y cierra.)

ESCENA VIII

SÉNECA, PLUTARCO, DIÓGENES, CICERÓN, HORACIO, DEMÓCRITO y HERÁCLITO

CIC. Se marcha.
PLUT. (A Séneca, malicioso.) ¿No hay seña
para hablar con ella?
SÉN. Sí;
pero el Rodrigón...
PLUT. Intenta.
SÉN. Bueno.
PLUT. (Señalando á Cicerón y Horacio la calle del foro por la que se van.)
Vigilad vosotros
allí. Y tú... (A Diógenes.)
DIÓG. Yo á la taberna.
PLUT. Compra el vino y á beberle
ven aquí.
DIÓG. Lo haré. (Entra en el mesón.)
PLUT. (A Demócrito y Heráclito.) La puerta
que da á esa calle, ni un punto
perdais de vista. Si llega
Ovidio, silbais.
DEM. Corriente.
HER. ¡Esto acabará en pendencia!
DEM. ¡Esto acabará en jolgorio!
(Mutis Demócrito y Heráclito por la calle de la izquierda que les indicó Plutarco. Vuelve Diógenes con una gran bota llena de vino.)

ESCENA IX

SÉNECA, PLUTARCO y DIÓGENES

DIÓG. ¡Qué rico vino se merca
con un escudo!
PLUT. (A Séneca.) Te afirmo
que el casamiento aun colea.

Música

PLUT. Haz la seña convenida
y, si acude al fin la hermosa,
ve si se halla decidida
para ser tu dulce esposa.
SÉN. Si en mi amor tristes desvelos
de continuo padecí,
la tortura de los celos
hasta hoy nunca sentí.
DIÓG. Es tremendo desatino,
propio solo de un idiota,
sufrir celos cuando hay vino
que las almas alborota.
Cuando á impulsos de la llama
del amor la pena brota,
es mejor cambiar de dama,
dedicándose á la bota.
SÉN. No sé, no sé, Dios mío,
por qué me da temor
llamar á Feliciana
y hablar de nuestro amor.
¿Por qué yo desconfío?
¿Por qué siento ansiedad?
¿Por qué temo el mañana
con triste terquedad?
PLUT. No sé, no sé, Dios mío,
por qué te da temor
llamar á Feliciana
y hablar de vuestro amor.
En ella yo confío.
¿Por qué tal ansiedad?

¿Por qué teme el mañana
tu necia terquedad?

DIÓG. No sé, no sé, bien mío,
(A la bota.)
por qué me da temor,
que al verte tan galana
me priven de tu amor.
¿Por qué yo desconfío?
¿Por qué sufro ansiedad?
¿Por qué, por qué me ufana
mirar tu obesidad?

PLUT. Siéntate, bebe y espía.
(A Diógenes.)

DIÓG. Siéntome, bebo y espío.

SÉN. ¡No desmayes, alma mía;
no te lances al vacío!

PLUT. Bebe todo lo que quieras.
(A Diógenes.)

DIÓG. Sólo lo que hay beberé.

SÉN. ¡Fuera dudas y quimeras,
con mi suerte lucharé!

PLUT. Si viene haz las señas.

DIÓG. Podeis descuidar.

PLUT. ¡Buen golpe de dueñas
(A Séneca.)
te voy á mandar!

LOS TRES No sé, no sé... etc.

Hablado

PLUT. Ponte de acuerdo con ella. (A Séneca.)
(A Diógenes.)
¿Ya en tus amores ardientes
le diste un avance? (Por la bota.)

DIÓG. Mientes,
que todavía es doncella.

PLUT. Pues con tu cínico amor
tales cosas le dirás,
que presto le sacarás
los colores del rubor.

(Plutarco, después de decir lo anterior á Diógenes en tono de broma, entra en la universidad.)

ESCENA X

SÉNECA y DIÓGENES

SEN Vigila bien.
DIÓG. ¡Si me pinto
solo!
SÉN. Corriente.
DIÓG. Me siento,
y en tanto le doy un tiento,
pues que no soy tonto, al tinto.
(Siéntase Diógenes junto á la mesa del proscenio, poniendo sobre ella la bota con la que habla siempre, y cubriéndola á su tiempo con el manteo de modo que figure una dama gordinflona, rebajuela y muy cubierta de manto. Séneca va á la reja y da dos palmadas.)
SÉN. ¡Ante esta duda cruel
crece mi amorosa llama!
DIÓG. Venid acá, bella dama;
yo soy vuestro amante fiel,
SÉN. ¡No he de sufrir que su encanto
goce un rival importuno!
DIÓG. Soy celoso, por si alguno
pasa que os encubra el manto.
SÉN. ¡Amor, mi rendido amor,
fuerza es que triunfes ó mueras!
DIÓG. Tal redondez de caderas
obra es del ahuecador.
SÉN. ¡Viene!
DIÓG. Puesto que ocultando
del talle están los primores,
iré los ahuecadores
con calma desahuecando. (Acción de beber.)

ESCENA XI

DICHOS y FELICIANA

Feliciana sale á la reja. La actriz marcará bien la diferencia entre el carácter dulce de Feliciana y el impetuoso de Ovidio.

SÉN. ¡Feliciana, mi tesoro,
mi amor, mi bien, mi ventura!...

¡Aquí me trae la tortura
del alma con que te adoro!
¡Vengo porque siento en mí
los dolores del martirio,
las angustias del delirio,
y el ardor del frenesí!
¡Vengo, mi bien, de tal modo
que para mí no hay consuelos!
¡Vengo, en fin, muerto de celos,
frase que lo dice todo!

FEL. ¿Celos? (Sorprendida.)

SÉN. Celos. (Afirmando.)

FEL. Pues ¿acaso
has podido presumir
que hacia otro he de convertir
el amor en que me abraso?
¿Ya no te dijo un papel
que antes la muerte prefiero?

SÉN. Sí dijo, más considero
que son hipérboles de él,
que en esto de la pasión,
que solo en la muerte cesa,
una cosa es la promesa
y es otra la ejecución.

FEL. ¿Ves estos círculos rojos
que mis párpados encienden?..
¿Ves los morados que extienden
la sombra bajo mis ojos?...
¡Bien muestran mi ansia y mi anhelo
que, en prueba de mi quebranto,
los rojos publican llanto
y los morados desvelo! (Hablan bajo.)

DIÓG. Deja el melindre, bien mío,
pues yo no he dado un escudo
para estarme quieto y mudo
junto á moza de tu brío.
Déjate ya de esquiveces
y, en premio de mi ternura,
permíteme la ventura
de palpar tus redondeces.
Ven á mis brazos, querube,
y apague un beso de amor
este fuego abrasador
que hasta mi garganta sube.

Ven; quede mi sed extinta
y disminuya tu bulto,
no te haga alguien el insulto
de decir que estás en cinta.
Ven, y en amante embeleso
mi faz con la tuya toca.
¡Junte tu boca y mi boca
dulce y prolongado beso! (Bebe.)

SÉN. Mi esposa serás mañana
si no te arredra mi plan.

FEL. ¡Ser tuya es mi único afán!

SÉN. Mía serás, Feliciana,
si tienes resolución.

FEL. ¡No alcanzo!...

SÉN. Lo sabrás presto
(Hablando bajo.)

DIÓG. ¿Sabes que tu beso honesto
hame sabido á traición?
Tu aliento, que yo he bebido
con ansia amante, te juro
que no es ¡ay! todo lo puro
que yo le hubiera querido.
De lo cual, infame, infiero
que, metiéndolo á barato,
tuviste, perjura, trato
con el vil del tabernero.
¡Trato culpable en verdad!
¡Tu pureza mancilló
ese mísero, y aguó
de mi dicha la mitad!

FEL. Adiós, pues.

SÉN. En la hostería
le aguardaré.

FEL. Allí mi hermano
recibirá al sevillano.

SÉN. ¡Cielo mío!

FEL. ¡Mi alegría! ..
¡Cuando mi dueño se aleja
pierde mi pecho la calma!

SÉN. ¡Yo dejo prendida el alma
de los hierros de tu reja!

(Feliciana desaparece cerrando la ventana. Séneca, más esperanzado en su amor, dice los dos versos que siguen dirigiéndose á Diógenes, y entra en el mesón.

Diógenes dice los suyos cogiendo bruscamente la bota y siguiendo á Séneca)

SÉN Vamos presto. ¡A mi entender
influyen por mí los cielos!

DIÓG. ¡Ven, que para ahogar mis celos
tu sangre me he de beber!

ESCENA XII

OVIDIO

Se abre lentamente la puerta de la casa y se asoma Ovidio reconociendo la escena, después sale y cierra

Al hermano, muy ufano,
piensas que por fin burlaste;
que nada de lo que hablaste
con ella sabe el hermano.
«Con Ovidio—dices—lidio
harto ventajosamente.»
¡Aun no sabes, inocente,
la red que te tiende Ovidio!
Yo sé con seguridad
que, mientras burlarme sueñas,
Plutarco recluta dueñas
ahí, en la Universidad.
Vendrán las dueñas fingidas
y, aparentando caer
en el garlito, han de ser
en mi casa recibidas.
Como dueñas entrarán
pero á los pocos instantes,
corridos los estudiantes
por mi industria quedarán.
(Va á entrar en el mesón, pero Séneca, que sale de él, le detiene en el umbral.)

ESCENA XIII

OVIDIO y SENECA

SÉN. ¿Puedo hablarte?

OVIDIO ¿Breve?

SÉN. Sí.

OVIDIO Habla.
SÉN ¿Me odias?
OVIDIO No es misterio.
SEN. ¿Tienes motivo?
OVIDIO Muy serio.
SÉN. ¿Me lo dices?
OVIDIO Bueno
SÉN. Di.

Música

OVIDIO En las huertas, según creo,
sorprendiste á Feliciana,
y encendióse tu deseo
con la vista de mi hermana.
La encontraste de tu agrado
y, en desquite de otro amor,
por juguetes has tomado
sus virtudes y mi honor.
SÉN. Yo te juro
que la quiero,
que la adoro
con frenética pasión.
Noble y puro,
digno y fiero,
tal tesoro
guardará mi corazón.
OVIDIO Fuerza es olvidarla.
SÉN. ¡No puede ser ya!
OVIDIO Va á ser de otro esposa.
SÉN. ¡Nunca lo será!
OVIDIO ¡Piensa lo que dices!
SÉN Todo lo pensé.
OVIDIO Darla á otro he jurado.
SÉN Ser suyo juré.
OVIDIO Ante nobles caballeros
á su esposo la ofrecí.
SÉN. Ante el Dios que nos escucha
vida y alma le rendí
OVIDIO Los más nobles de Sevilla
son testigos de los dos.
SÉN. ¡De mi firme juramento
por testigo tengo á Dios!
OVIDIO Si despiertas de tu sueño;
si al fin ves la realidad;

si desistes de tu empeño,
yo te brindo mi amistad.

SÉN. Pídeme mi sangre,
pídeme mi vida,
hasta la existencia
juro te daré;
pero mis amores,
pero la esperanza
de llamarla mía
nunca perderé.

OVIDIO Yo no cedo.

SÉN. Yo tampoco.

OVIDIO Venceré.

SÉN Mía será.

OVIDIO ¿Por qué medios?

SÉN Los que sean.

(Plutarco escucha desde la puerta de la Universidad.)

OVIDIO Lo veremos.

SÉN. Lo verás.

OVIDIO Quiero verte.

SÉN Tras la ermita.

OVIDIO A las doce.

SÉN. Bien está.

OVIDIO ¿Nos veremos?

SÉN Nos veremos.

LOS DOS A las doce me hallarás.
Cuantos más inconvenientes
ve {su / mi} amor en derredor,
más altivas y potentes
son las fuerzas de {su / mi} amor.

(Ovidio entra en el mesón, después de mirar á Séneca con desprecio. Plutarco corre junto á Séneca.)

ESCENA XIV

SÉNECA y PLUTARCO; luego DIÓGENES; después CICERÓN y HORACIO, por último DEMÓCRITO y HERACLITO

Hablado

PLUT. ¿Reñir?

SÉN. A las doce.

PLUT. Bueno;

Feliciana estará en salvo
antes de esa hora.

(Silbido agudo en el foro. Diógenes sale del mesón con la bota ya muy mermada.)

SÉN. ¡La seña!

DIÓG. ¿Qué avisan esos menguados
si en el mesón está Ovidio?

(Cicerón y Horacio salen corriendo por el foro.)

SÉN. Ellos vienen.

PLUT. ¿Qué hay?

DEM. (Por la izquierda.) Sepamos
lo que ocurre.

HER. (Siguiéndole.) ¡Contratiempos!

CIC. Cerrada silla de manos
viene al mesón, pues los mozos
por el mesón preguntaron.

HER. ¿Será el noble de Sevilla?

HOR. Eso al oirlos pensamos.

DIÓG. ¿Del Guadalquivir al Tormes
venir en silla un zanguango
habiendo postas?

SÉN. ¡Quién sabe!...

PLUT. Quizá por miedo ó recato
viaje así gentil doncella.

DEM. O algún achacoso anciano.

PLUT. Caminar en silla es propio
de damas.

DIOG. Y de espantajos
que no pueden con la bula.

CIC. Aquí están.

(Traen por el foro una silla de manos completamente cerrada. Los mozos, que estarán cubiertos de polvo, la colocan ante la puerta del mesón, del que salen algunos criados, que la rodean con curiosidad. Los Estudiantes se agrupan, empinándose y tratando de ver quién viene en la silla.)

PLUT. Pongo un ducado
á que es dama.

DIÓG. No le tienes.

PLUT. Le tendré.

DIÓG. ¡Y ha sido largo
el viaje!

HOR. ¿En qué lo conoces?

DIÓG. En el polvo del ganado. (Por los mozos.)
(Ovidio sale del mesón, se dirige á la silla y abre la portezuela.)

ESCENA XV

DICHOS, OVIDIO y DON LORENZO

HER. Ovidio. (Bajo á Séneca.)
SÉN. (Triste.) ¡Entonces no dudo!
OVIDIO Seais bien venido, hermano.
(Don Lorenzo, que es un caballero joven pero ridículo y ordinario, sale de la silla. Los conductores de ésta y los criados del mesón entran en el.)
LOR. Dios os guarde.
HOR. ¡Qué figura!
DIÓG. ¡Linda dama! (Ríe.)
PLUT. ¡Vaya un chasco!
DIÓG. ¡Aguardábais bello cisne
y os dan estúpido ganso!
OVIDIO Dame los brazos.
LOR. Sí diera
á poder, amigo, alzarlos,
pero derrengado vengo.
CIC. ¡Derrengado! (Haciendo ascos.)
HOR. (Lo mismo.) ¡Derrengado!
OVIDIO ¿Fueron duras las jornadas?
LOR. ¡Fueron de todos los diablos!
Salí de Sevilla á lomos
de un rocín espiritado,
y á pocas leguas rindiole
la flaqueza de su flaco.
Büidas postas en Córdoba
pude tomar, pero, claro,
como vengo sin dineros
á dármelas se negaron.
Metime en una galera
de cómicos; á mi lado
iba el galán con la dama
haciendo mil arrumacos
que en necedades comienzan,
pasan después á descaros

indecentes, lo ve el barba,
marido de ella, sobre ambos
se arroja, hay voces, denuestos,
juramentos, puñetazos...
y yo recibo tres coces
del galán, en un costado.
Monteme en una litera
y me apeé al poco rato,
pues caminar en aquello
era ir en un incensario.
Dos leguas de aquí consigo
ese mueble, en él me lanzo,
y héteme ya en Salamanca,
pero sin un hueso sano.

DIÓG. Vaya, alguno os quedará
disponible. (Con intención.)

LOR. A cuentas vamos.
¿Y mi doña Feliciana?
Pues pasé tales trabajos
por venir á concederle
nombre, corazón y mano,
¿cómo es que ya no ha venido
a darme cuarenta abrazos?

OVIDIO Porque ni el uso lo admite
ni lo consiente el recato.

LOR. ¡Paciencia!... ¿Quiénes son estos
estudiantes?

OVIDIO Son mis bravos
compañeros en las aulas.
Voy, señor, á presentároslos.

PLUT. Permite, ya que me incumbe,
que hable yo. Señor hidalgo:
en esta Universidad
ha días que se ha formado
un areopago de ilustres
hombres griegos y romanos
y, comenzando por mí,
quiero uno a uno nombrarlos.
Yo, sin duda el más humilde,
tengo el formidable encargo
de saber vidas ajenas,
y lo que no sé, inventarlo;
pues todo el que necesita
saber la vida y milagros

de cualquiera, me consulta;
en fin, señor, soy Plutarco.
Este que en metamorfosis
es gran maestro, pasando
de estudiante á caballero,
y se dedica á enseñarnos
el arte de amar, se nombra
Ovidio. Este otro zanguango
que se entretiene en decirnos
lo que es bueno y lo que es malo,
que nos hace los discursos
cuando los necesitamos,
y que es el mismo demonio
por dentro y por fuera un santo,
es Séneca. Este que charla
haciendo lo negro blanco;
que si corremos la tuna,
en los mesones que hallamos
convence á los mesoneros
de que deben procurarnos
jarra en que rebose el vino,
mesa en que abunde el guisado,
cama caliente y mullida,
moza que sirva con garbo,
y además unas monedas
por haber su casa honrado,
es Cicerón. Este cínico
que de la vida hace escarnio,
y sólo piensa en toneles
de vino por vaciarlos
y después meterse dentro
á lamer lo que ha quedado,
es Diógenes. Este mozo
que tiene el divino encargo
de notar nuestras epístolas
amorosas, es Horacio.
Este que ríe es Demócrito,
y éste que suspira Heráclito.
El areópago os saluda
por la boca de Plutarco. (Reverencia.)

LOR. De todo vuestro discurso
sólo una cosa me ha entrado
en la mollera.

CIC. (Bajo.) ¡Mollera!...

LOR. Y es que en vuestro areopago
tengo un cofrade.
PLUT. ¿Un cofrade?
DIÓG. ¿Quién de vosotros es *asinus?*
LOR. Don Diógenes.
DIÓG. ¡*Vade retro*!
PLUT. ¡Tú lo eres! (Se ríen.)
DIÓG. (Amoscado.) ¿En qué dornajo
habremos comido juntos?
LOR. Vos pasáis la vida á tragos,
yo á tragos paso la vida...
conque camaradas ambos.
DIÓG. ¡Es mucho honor!
LOR. ¡Toma, toma,
tiene la dicha en las manos! (La bota.)
Daca que traigo el gaznate
reseco como un zapato.
(Coge la bota y bebe un gran trago. Diógenes le mira intranquilo, temiendo que lo apure todo.)
DIÓG. (¡A que la encanija el hombre!)
SEN. (A Plutarco.)
¡Que quieran dar á este sandio
aquel peregrino ingenio!
PLUT Pues paréceme acertado
porque le hace buena falta.
(Don Lorenzo se limpia el morro con la manga y devuelve á Diógenes la bota casi vacía; éste la contempla con dolor.)
DIÓG. (¡La encanijó!)
OVIDIO Ya esperando
está el desayuno, pero
si del amor impulsado
queréis ver á Feliciana...
LOR. Decidme: si á verla vamos,
¿qué encontraré allá?
OVIDIO (Sonriendo.) Ternura.
LOR. Y si en el mesón entráramos,
¿qué hallaría en él?
DIÓG. (Relamiéndose.) Ternera.
LOR. Pues la u por la e cambio,
que entre ternera y ternura
no vacila el avisado.
Si quisiéredes seguirme
entrar podéis sin empacho

que plato habrá para todos...
si para todos hay plato.
(Don Lorenzo entra en el mesón con Ovidio. Los demás le despiden con una cómica reverencia.)

ESCENA XVI

SÉNECA, PLUTARCO, DIÓGENES, CICERÓN, HORACIO, DEMÓCLITO y HERÁCLITO

SÉN. ¡Si me quita á Feliciana
le acuchillo!
HOR. ¡Chist!... ¡Más bajo!
PLUT. Para deshacerte de él
no es ese el medio adecuado.
Diógenes.
DIÓG. ¿Qué hay?
PLUT. Por cofrade
de ese *estultus,* un encargo
voy á darte.
DIÓG. Dí.
PLUT. Que subas
á donde están almorzando
y, pidiéndole licencia
de festejarle, arrojarnos
puedes la capa y sombrero
de Ovidio.
DIÓG. ¡Mucho recato!
(Diógenes dice lo anterior poniendo en manos de Heráclito la bota de vino; después entra en el mesón.)

ESCENA XVII

DICHOS menos DIÓGENES

SÉN. Pero, ¿qué intentas?
PLUT. Cazarle.
SÉN. ¿Eh?
PLUT. Yo empleo cuando cazo:
para servidores, liga; (Indica dinero.)
para mujeres, reclamo; (Expresa amor.)
para las fieras, cuchillo,

y para alimañas, lazo. (Alude á don Lorenzo.)
¿Y los mozos de la silla?

DEM. ¡Comen! (Bostezo general de hambre.)

PLUT. ¡Qué dulce trabajo!

(Se abre la ventana del mesón y arrojan por ella el sombrero y la capa de Ovidio.)

DEM. ¡Atención!

HOR. (Cogiéndolo.) De Ovidio es esto.

CIC. Diógenes cumplió el mandado.

(Plutarco, hablando con rapidez, quita á Séneca el manteo y el tricornio que arroja en la silla de manos poniéndole la capa y sombrero de Ovidio.)

PLUT. Así, cubierto, en la silla
vas; Demócrito y Heráclito,
que son fuertes, van de mozos;
por ahí te llevan un rato
para que yo tenga tiempo
de prevenir lo acordado;
llegáis después á la casa
de Ovidio; llamáis, estando
siempre metido en la silla;
estos huyen; el viejo Argos,
al ver la capa y sombrero
de Ovidio, abre; tú, de un salto
sales de la silla entonces;
subes de tu bella al cuarto,
donde estaremos nosotros
según tenemos trazado;
te servimos de testigos
y un buen fraile franciscano
que hay allí, fraile de veras,
os casa y cuento acabado.

SÉN. ¡Muy bien lo pintas!

PLUT. Lo pinto
como ha de ocurrir.

ESCENA XVIII

DICHOS y DIÓGENES

DIÓG. (Volviendo.) Ya traigo
licencia de festejarle.

HER. Toma. (Devolviéndole la bota.)

DIÓG. ¿No te has propasado
con ella?... Echame el aliento.
PLUT. Vaya, amigos, preparaos;
coged al punto la silla.
(Demócrito y Heráclito se disponen para cargar con la silla. Plutarco abre la portezuela opuesta al mesón para que Séneca entre en la silla sin ser visto por los mozos.)
DEM. ¡Habrá sorpresa! (Muy satisfecho.)
HER. (Disgustado.) ¡Habrá escándalo!
CIC. ¡Habrá boda!
HOR. ¡Y oda!
DIÓG. ¡Y vino!
PLUT. Entra presto. (A Séneca.)
SÉN. Voy. (Entra en la silla.)
PLUT. En tanto
nosotros con nuestros cuerpos
el portón mientras cantamos
obstruimos, y los mozos
nada verán.
DEM. Pues andando.

ESCENA XIX

DICHOS, ESTUDIANTES y GENTE. Después DON LORENZO, OVIDIO y MOZOS

Plutarco, Diógenes, Cicerón y Horacio se colocan en fila entre la puerta del mesón y la silla de manos y cantan imitando el rasgueo de la guitarra, mientras Demócrito y Heráclito van con la silla á la calle del foro. Los estudiantes, que van saliendo de la Universidad, se agrupan en la puerta de la misma y ríen al ver á los otros. Alguna gente, que pasa por la plaza y sale del templo, se detiene también mirando

Música

PLUT.
DIÓG.
CIC.
HOR.

Plin, plin, plin,
patapataplín.
Plun, plun, plun,
patapataplún.
Plan, plin, plun.

PLUT. Caballero de Sevilla
que hoy llegaste en una silla.
DIÓG. Si has venido á Salamanca
á ofrecer tu mano blanca.
CIC. Reservar puedes tu mano,
caballero sevillano.
HOR. Y, metiéndote en la silla,
regresar presto á Sevilla.
PLUT. Pitipitiplín, pitipitiplón;
DIÓG. si a casarte llegas, simplón,
CIC. pitipitiplón, pitipitiplán,
HOR. ya verás qué zurra te dan.
Pitipitiplán, pitipitiplín,
en cuanto al almuerzo des fin,
pitipitiplín, pitipitiplén,
márchate á Sevilla, mi bien.

(Don Lorenzo se asoma á la ventana con la servilleta al cuello, el cuchillo en una mano y en la otra el tenedor con un pedazo enorme de carne. Los cuatro estudiantes se retiran á la derecha y continúan imitando el rasgueo de la guitarra. El coro estudiantil, desde la puerta de la Universidad, se burla de don Lorenzo con el «gua, gua» característico. Ovidio aparece en la puerta del mesón y echa mano á la espada, mirando á la turba estudiantil con mucha cólera, pero los mozos, que salen tras de él, le contienen. La silla se para un momento en la calle del foro, asomándose Séneca á la ventanilla para ver á don Lorenzo. Demócrito ríe, Heráclito da muestras de disgusto.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de corredor en casa de Ovidio. Al foro, ventana. Entradas laterales. Es de día.

ESCENA PRIMERA

RODRIGON, después DUEÑA

Sale él por la derecha, se dirige á la ventana y mira un momento á la calle. Ella, riendo, aparece por la izquierda.

Hablado

ROD. ¡No viene! (Deja la ventana.)
DUEÑA ¡Qué catadura
tienen las dueñas!... No hay cosa
tan divertida y sabrosa
como el fin de esta aventura.
ROD. Si son cual vos, ¿quién se mete
con tal tropa?
DUEÑA ¡Deslenguado!
ROD. ¡Cállese, diablo enfaldado!
DUEÑA ¡Cállese, sucio vejete!
ROD. ¿Sucio? (Indignado.)
DUEÑA Dígalo el jubón
que, si le dejan, de hastío
se marchará solo al río
como encuentre la ocasión.
Dígalo también la gola,
pues si la estrujan, en casa
habrá para un año grasa
con la que suelte ella sola.
Y dígalo el ferreruelo
en el que bien se distingue
que no puede con la pringue
y la gotea en el suelo.
ROD. ¡Oiga!
DUEÑA Alguna impertinencia...
No he de prestaros oido. (Quiere irse.)

ROD. (Deteniéndola.)
Si tengo sucio el vestido
tengo limpia la conciencia.
DUEÑA ¿Y yo? (Sofocada.)
ROD. Vos, encubridora
de atrevidos galanteos,
alimentáis los deseos
de nuestra pobre señora.
Yo me opongo á sus locuras;
vos su pasión alentáis,
y alas y motivos dais
para tales aventuras.
Si hubiéseis aconsejado
cual yo lo hice y vuestra edad
exigía, á esta ciudad
nunca hubiésemos llegado,
y no estaría impaciente
como ahora lo estoy, temiendo
que hemos de acabar sufriendo
algún terrible accidente.
DUEÑA ¡Sois de mi ama el torcedor
que hasta sus sueños inquieta!
ROD. Y vos sois... (Se detiene.)
DUEÑA ¿Qué? (Provocándole.)
ROD. Su. . veleta
para los vientos de amor.
DUEÑA ¡Basta!... Me quiero marchar
pues no os quiero ver ni oler.
ROD. Yo tampoco os quiero ver
hasta que os lleven á ahorcar.
DUEÑA ¿Ahorcarme?
ROD. Sí.
DUEÑA ¡Qué bonito!
ROD. Ahorcada tal vez no, pero
que al fin he de verla espero
con coroza y sambenito.
DUEÑA ¿A mí?
ROD. A vos.
DUEÑA Puede que él ruja
en la hoguera del dolor.
ROD. Si yo fuese inquisidor
no quedaba ni una bruja.
DUEÑA ¿Lo dice por mí?
ROD. Por ella.

DUEÑA (Tartamudeando de ira.)
¿Y yo soy bruja?

ROD. Es notorio.

DUEÑA Deje paso el vejestorio.
(Muy rabiosa.)

ROD. ¡Pase la gentil doncella!
(Se aparta é inclina con burla. Ella hace mutis por la derecha.)

ESCENA II

RODRIGÓN

¡Pesia á mí si esta jornada
no da fin de mi persona,
que entre dama enamorada
y una dueña quintañona
esto no es vida ni es nada!
(Hace mutis por la izquierda, gesticulando con indignación cómica.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Habitación de Feliciana con puerta de entrada al foro. Es de día

ESCENA PRIMERA

FELICIANA, DUEÑA, DONCELLA, PLUTARCO, DIÓGENES, CICERÓN, HORACIO y CORO DE ESTUDIANTES

Feliciana sentada en un sillón en cuyo respaldo se apoya la Dueña. La Doncella, sentada en un taburete, cose ó borda. De pie, en fila, frente á Feliciana, estarán los estudiantes disfrazados de dueñas, que andarán muy encorvados y fingirán voz cascada menos en los apartes

Música

FEL. Me complace vuestro aspecto.
ESTS. ¡Gracias mil, bella señora!
FEL. Ya verá mi hermano ahora
si tenéis algún defecto.
ESTS. (¡Si, Ovidio, antes que Séneca, llegara
la astucia nos saldria un poco cara!)
FEL. Preguntad al punto, dueña,
si ha venido ya mi hermano.
ESTS. (Pues, si en tal cosa se empeña,
será el lance soberano.)
FEL. Acercaos. (Se levanta.)
ESTS. Lo haremos con respeto.
FEL. Mi secreto escuchad.
ESTS. (Rodeándola.) Venga el secreto.
(La Dueña, después de haber vacilado un momento, se retira por el foro.)

ESCENA II

DICHOS menos DUEÑA

FEL. Encerrada
y oprimida
vivo en triste soledad,

condenada
de por vida
con terrible crueldad.
A un tirano
por hermano
la desdicha me entregó,
y el camino
mi destino
de zarzales me sembró.
¡Ignoro lo que es reir;
ignoro lo que es placer;
me canso ya de sufrir;
me canso de padecer!

CIC. Doncella bella y moza...

HOR Doncella moza y bella...

PLUT. Si dulce amor no goza. .

DIÓG. Maldice ser doncella.

PLUT. No extrañes que te hablemos
de amores y placer.

DIÓG. Pues cada una tenemos
el alma de mujer.

ESTS. Aunque ahora somos dueñas
mocitas hemos sido
y frases halagüeñas
de amor hemos oído.
Por eso recordamos
con gusto su dulzor,
y todas veneramos
las leyes del Amor.

DIÓG. Luciendo en paseo
(Paseando por el proscenio con ridícula coquetería.)
gentil contoneo,
á muchos donceles
tarumba volví.

PLUT. A hermosos galanes
(Lo mismo.)
causé mil afanes.

ESTS. Con frases de mieles
venían tras mí.
De soslayo los miraba;
(Acompañando grotescamente la frase con la acción.
con amor me sonreía.
Cuando alguno se acercaba
le decía:

—¡Qué osadía!—
Se excusaba,
yo fingía
que el rubor me dominaba,
que un desmayo me asaltaba,
vacilaba
y en los brazos que él tendía
yo caía.

(Caen unos en brazos de otros.)

¡Me ceñía;
me apretaba;
nuestro aliento se juntaba
y en los brazos en que estaba
de placer me estremecía!

(Con exagerado temblor. Después se incorporan.)

¡Ahora en viéndome se alejan
y se ocultan!
¡Triste y sola ya me dejan
y me insultan!
¡Cielo santo,
es horrible crueldad
que se llegue á cambiar tanto
con la edad!

FEL. También yo amo y quiero.
ESTS. Gentil estudiante.
FEL. Mi hermano altanero...
ESTS Lo quiere estorbar.
FEL Me impone mi hermano,
en vez de mi amante...
ESTS. Brutal sevillano
que hoy debe llegar.
FEL. ¿Cómo saben mi dolencia
si entran ahora á mi servicio?
ESTS. ¡En tu cándida inocencia
no conoces nuestro oficio!
TODOS ¡Basta ya de pesadumbre,
triunfo al fin tendrá el Amor.
Sus caricias de costumbre
den alivio á {mi / tu} dolor.

Hablado

CIC. Tendrás nuestra protección!
FEL. ¿No seréis conmigo urañas?
HOR. ¡Las dueñas tienen entrañas!
DIÓG. ¡Y malísima intención!
FEL. ¿Eh?
PLUT. Por tí nos declaramos,
pues eres gentil y moza.
DIÓG. ¡Ya verás cómo se goza
con los enredos que armamos!
PLUT. Tu hermano, que vive alerta
para el logro de sus fines,
nos tomó como mastines
que le guardasen la puerta;
pero el hombre que te halaga
siempre encontrará un postigo.
DIÓG. Pues quien sirve es enemigo
natural del que le paga.
(La dueña entra precipitadamente por el foro, fingiendo gran emoción y susto.)

ESCENA III

DICHOS y DUEÑA

DUEÑA ¡Ay, señora, muerta vengo!
FEL. ¿Qué ocurre?
DUEÑA Que el Rodrigón...
FEL. ¡Habla!
DUEÑA ¡Si es que la emoción
me ahoga!
FEL. Mas...
DUEÑA ¡Si no tengo
voz ni fuerzas!
FEL ¿Hablarás?
DUEÑA Permite que me serene.
FEL ¿Qué nueva desgracia viene
sobre mí?... Dilo.
DUEÑA Verás.
El Rodrigón, que aguardaba
á tu hermano y mi señor,
oyó en la puerta rumor;

se asomó y vió que paraba
junto á la puerta una silla
de manos; de un caballero
vió capa, pluma y sombrero
por la angosta ventanilla;
en pluma, sombrero y capa
reconoció á mi señor,
dejole entrar y... ¡Qué horror!...
Como la capa no tapa
por abajo lo bastante,
en media, hebilla y zapato
vió que la liebre era gato
y el caballero estudiante.

FEL. ¿Ha entrado en la casa?

DUEÑA ¡Entró!

FEL. ¿Y qué dice el atrevido?

DUEÑA Que viene á ser tu marido
cual tu labio prometió.
¡Aquí se empeña en subir!

FEL. ¿Qué partido he de tomar?

PLUT Lo que llegaste á jurar
debes, señora, cumplir.

DIÓG. ¡Cuánta gratitud, Dios mío,
te debo por lo que pasa,
pues me trajiste á una casa
en que hay amores y hay lío!

ESCENA IV

DICHOS, SÉNECA y RODRIGÓN

Las fingidas Dueñas rodean á Feliciana como formando un muro defensivo. Séneca aparece en el foro rechazando al Rodrigón que quiere detenerle; trae puesto el manteo, en la mano izquierda el tricornio, en el brazo derecho la capa de Ovidio, y en la mano derecha el sombrero de éste. Quédase inmóvil junto á la puerta del foro contemplando á Feliciana; después avanza hacia ella, arrojando en un sillón la capa y sombrero de Ovidio

SÉN. ¡Quita, necio!

ROD. No es cordura...

FEL. A quien tan airado viene,
¿qué le asombra y le detiene?

SÉN. ¡El fulgor de tu hermosura!
FEL. Quien el recato atropella
de una mujer recogida,
¿qué quiere?
SÉN. ¡Darle la vida
puesto que vive por ella!
FEL. Ved que el mundo malicioso
dirá que entró aquí mi amante.
SÉN. Sí dirá, pero al instante
le desmentirá el esposo.
FEL. Mi hermano puede venir
y al ver lo que habéis osado
dirá...
SÉN. Si me halla casado
nada tiene que decir.
FEL. ¿Casado?
SÉN. Si aquí hay altar
y ministro del Señor,
y en nuestro pecho hay amor
no sé qué pueda faltar.
FEL. ¿Resuelto estás?
SÉN. ¡Te lo juro!
¿Y tú? (Acercándose á ella.)
FEL. Yo... ¡Tuya aunque muera!
(Por un rápido movimiento rodean los Estudiantes al Rodrigón, que seguia de cerca á Séneca, dejando á este solo con Feliciana. Durante lo anterior, la Doncella se habrá llevado por el foro la capa y sombrero de Ovidio, volviendo después. La Dueña va á la puerta del foro y, durante lo que sigue, hace señas como si llamase á alguno.)
PLUT. ¡Tomó el doncel la trinchera!
DIÓG. ¡Escaló triunfante el muró!
ROD. Pero ved que mi señor
guardarla bien me previno.
DIÓG. ¡Huele á vino!
(Por el Rodrigón y escandalizado.)
ESTS. ¡Huele á vino!
DIÓG. ¡Qué desvergüenza!
ESTS. ¡Qué horror!
(Todos los Estudiantes rechazan al Rodrigón con una mano, tapándose la nariz con la otra.)
DUEÑA Pasad. (Desde el foro.)

ESCENA V

DICHOS y ESCUDERO

Entra con el mismo traje que sacó cuando hizo de don Lorenzo, y llevando un azafate cubierto. Se aproxima á Feliciana y Séneca, inclinándose respetuosamente. Séneca y sus compañeros le miran con asombro

SÉN ¿Cómo? (Reconociéndole.)
PLUT. (A los otros.) ¡El forastero!
ESC. ¡Mucho el verme os maravilla!
SÉN. ¿No sois vos el de Sevilla?
ESC. Yo soy humilde escudero
que á mi señora he servido.
Ved. (Presentándole el azafate.)
(Séneca descubre el azafate y ve que contiene el traje, la capa, la espada y el sombrero de Ovidio.)
SÉN. ¿Qué es esto?
FEL (Sonriendo.) Del tirano
que hasta hoy tuve por hermano
queda eso sólo, el vestido.
Tu amor por mí le mató
tras de la ermita á las doce.
SÉN. ¿Qué dices? (Sin comprender.)
FEL. (A los suyos.) ¡Aun no conoce
que el fiero Ovidio era yo!
ESTS. ¿Eh?...
SÉN. ¿Cómo?
DIÓG. ¡Nos la ha pegado!
FEL. Rodrigón, Dueña, Escudero...
todos son cómplices.
SÉN. Pero...
FEL. Escucha lo que ha pasado.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DEMÓCRITO y HERÁCLITO

Los dos últimos asoman cautelosamente por el foro y, á una seña de Diógenes, se reunen con los demás, quienes mientras habla Feliciana, se despojan de su disfraz de dueñas

FEL. Doña Feliciana Enríquez
de Guzmán, en paz vivía
en su casa solariega
de la ciudad de Sevilla,
sola, sin padres, hermanos,
esposo, ni más familia
que Rodrigón que la escolta,
dueña que su honor vigila,
escudero que la sirve
y doncella que la aliña.
Para divertir sus ocios
versos tal vez escribía,
dando algunos á la estampa
por la amistad protegida.
Cierto galán, forastero
según supo, dió en seguirla
pretendiendo enamorarla.
Como no le conocía
informose de quién era,
y persona fidedigna
afirmó que era estudiante
en Salamanca, y tenía
aquí dama que aguardaba
su vuelta. Tales noticias
hicieron nacer los celos
en donde aun amor no había
y, por ellos impulsada,
para el logro de su dicha
hizo... lo que vísteis todos.
Ten mi mano. (Dándosela á Séneca.)

SÉN. ¡Ten mi vida!

PLUT. De Sevilla á Salamanca
vinísteis, tierna y amante,

tras de un gallardo estudiante
muy gentil, pero sin blanca.
Temiendo en vuestros desvelos
dar con algún burlador,
en vez de inspirarle amor
supísteis causarle celos.
Es cosa casi segura
que en lo futuro, señora,
se olviden de la escritora
y recuerden su aventura,
porque es triste realidad
que, más que ingenio y valía,
el donaire y picardía
logran la celebridad.
Por estas dos cualidades,
pues tenéis ambas, os juro
que viviréis de seguro
en las futuras edades,
y si encontrando interés
en tan donosa aventura
alguien contarla procura
en comedia ó entremés,
su buena intención le abone;
justo es que le perdonemos
y que desde ahora roguemos
que el Senado le perdone.

(Reverencia general ante el público. Fuerte en la orquesta. Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta